

El primer principio de la moral pública es la obediencia a la ley; y nadie habla de esto en términos más correctos y aun magníficos que estos filósofos de quienes se quiso hacer insurgentes contra la autoridad imperial. Algunos conspiraron sin duda, y muchos, como tantos otros odiaron la tiranía. Bajo el poder de Vespasiano y de Domiciano, fueron expulsados de Roma y aun ejecutados algunos; pero esto no fué persecución de la libertad filosófica, sino cuestión de policía respecto de descontentos que sin razón se supusieron peligrosos.

En realidad la preferencia de los estoicos estaba por el gobierno de uno solo. Si es muy natural que Séneca manifieste su respeto a los poderes y Epicteto su desdén a las grandezas, no olvidemos que entraba en el espíritu de la secta no inmiscuirse en los negocios públicos y en su doctrina someterlo todo a la ley; sin duda a la ley revelada por la conciencia y la razón, pero también a la establecida por la fuerza de las cosas. Justiniano puso a la cabeza de sus *Pandectas* la definición dada por uno de ellos: «La ley es el dueño soberano de las cosas divinas y humanas, el juez del bien y del mal, la regla de lo justo y de lo injusto; ella prescribe lo que debe hacerse, é impide lo que no se debe hacer.» Estas nobles palabras superan la idea de la justicia ordinaria. Crisipo, como Cleanto, piensa en «la ley común de todos los seres, en el Cosmos armoniosamente ordenado, que comprende a Dios, a la naturaleza y al hombre, sometidos todos a la ley, y esta sumisión fué la fe de Marco Aurelio. Sin embargo, el filósofo coronado no tenía ninguna duda sobre su poder, pareciéndole que el orden de aquí abajo formaba parte del orden universal.

Los estoicos no llevaban tan alta la cabeza, sino porque creían poseer una emanación de razón universal, una chispa del Verbo divino. «Nuestro cuerpo, decían, nos es común con los animales, pero nuestra alma es una partícula del alma divina. Somos hijos de Júpiter y hay en nosotros un dios.» San Pablo había expresado el mismo pensamiento invirtiendo los términos: «Nosotros estamos en Dios.» Y Malebranche lo tomará para sacar de él toda su filosofía. En el fondo la escuela estoica, a pesar de las profundas diferencias que la separan del cristianismo, hacía, como él, predominar el alma sobre el cuerpo; como él predicaba el desprendimiento de las cosas percederas y exigía el ejercicio de las más austeras virtudes. Era una doctrina de renunciamento y abstención, ἀπέχου καὶ ἀπέχου, que para ideal tenía la serenidad inmóvil, la plenitud del poder sobre sí mismo, el alma superior a toda emoción, ἀταραξία.

Pero esta doctrina viril ἀνδρῶδες εὐταξία, tan hábil en trazar la teoría de los deberes y que lleva tan alto el sentimiento de la dignidad humana, pasaba del objeto pasando la naturaleza y exigía demasiados sacrificios inútiles y no bastantes acciones necesarias. El hombre debe a Dios el desenvolvimiento de la inteligencia y de la actividad que ha recibido de él. El estoicismo, propio para hacer solitarios y mártires, los hizo, y aun preparó almas a ser mártires de otra causa; pero si hubiera venido a ser la ley de la ciudad, no hubiera formado ciudadanos (1). Regla excelente para

(1) Séneca ha dicho (*Epist.* 5): «El objeto de toda filosofía es enseñarnos a despreciar la vida,» y este desprecio de la vida es toda la enseñanza de Epicteto. Ya en otro lugar hemos dicho que el epicureísmo y el estoicismo se apartaban de los negocios públicos. La mala constitución del imperio, autorizando tiranías como la de los últimos días de Tiberio y de los reinados de Calígula, Claudio y Nerón, había dado nueva fuerza a la doctrina que no tenía interés en la vida activa. Sin embargo, si el despotismo imperial hubo de obligar a algunas almas altivas a refugiarse en la serena región del pensamiento, hay que reconocer que las atraía a éste recogimiento una causa más gene-

el individuo y para la vida interior, está filosofía del desdén habría sido una regla detestable para la sociedad y la vida de relación. El cristianismo ha tenido instituciones que ofrecieron el mismo carácter y produjeron los mismos efectos. Sin embargo, si las mejores doctrinas son aquellas que hacen a la vez al hombre y al ciudadano, será bueno en todos tiempos que una voz, un libro, una escuela nos llamen al desprecio de las riquezas, de los honores, del poder y al aprecio de los verdaderos bienes, los del espíritu y de la conciencia.

Por fortuna, la naturaleza lleva a la inconsecuencia a los espíritus rebeldes contra ella y la sociedad recobra entonces sus derechos. Los estoicos de la época imperial no encerraron su alma en una soledad orgullosa y despectiva; quisieron ganar el mundo y fueron a él para atraerlo a su causa. Casi toda la obra de Séneca es una predicación continua, y Persio exclama: «Acudid, jóvenes y viejos; venid a aprender de quien a mí me lo ha enseñado el objeto real de la existencia; venid a hacer provisión para el viaje de la vida.»

Nos queda un coloquio de Epicteto con un joven que se preparaba para este apostolado. «Ante todo, le dijo, es preciso que el futuro preceptor del género humano extinga en sí mismo las pasiones y se diga: — Mi alma es la materia que debo yo trabajar como el carpintero trabaja la madera, como el zapatero la piel. — Así preparado, debe saber también que es un enviado de Júpiter a los hombres; es menester que predique de ejemplo, y que a los desheredados que se quejan de su suerte les pueda decir: — Miradme a mí: como vosotros, carezco de patria, de casa, de bienes, de esclavos. Duermo en el duro suelo; no tengo mujer ni hijos; sólo tengo la tierra, el cielo y un manto.»

Por eso, el estoicismo había elegido por tipo, entre los divinos moradores del Olimpo, a Hércules, el destructor de los monstruos, el dios de la fuerza, pero de la fuerza empleada en el bien. Trasformado en héroe moral el hijo de una mortal y del padre de los dioses, debía ayudar a los hombres de buena voluntad a destruir el bruto que hay en nosotros: la pasión, el egoísmo, la cólera, la crueldad. «Llevas dentro de tí, decía Epicteto, el jabalí de Erimanto y el león de Nemea.» Esta imagen era familiar entre los predicadores populares, encontrándose también en un discurso de Dion.

Así, pues, el estoicismo había tomado con el tiempo una virtud activa; habíase animado con el espíritu del proselitismo, y mezclándose con la multitud había perdido necesariamente su falso rigor.

Esta corriente de filosofía moral, que penetró en el fondo de tantas almas, dejó en él, como un fecundo aluvión, un gran principio de honor y salvación, el respeto de sí mismo y de los demás con este pensamiento, que es la religión de los espíritus superiores: «No quiero violar en mi persona la dignidad de la naturaleza humana.» Por eso ha merecido a su vez el respeto de la posteridad. «En aquel tiempo, dice Montesquieu, la secta de los estoicos se extendía y acreditaba en el imperio. Parecía que la naturaleza hubiera hecho un esfuerzo para producir de suyo aquella admirable secta, que era como esas plantas que la tierra

ra'. La dirección que toman los espíritus depende tan poco de la forma de gobierno que los más ilustres filósofos de la Edad media, de Alemania y de Francia, no pertenecen a siglos de libertad. ¿Con qué pesadumbre no pesó el despotismo imperial sobre Epicteto, Persio, Plutarco, Dion, Máximo de Tiro y tantos otros, incluso aquel Demetrio que arrojó las iras de dos tiranos? ¿Impidió Richelieu a Descartes que escribiera el *Discurso del método*, ni cortó Federico II las audeces críticas de Kant?

hace nacer en parajes que el cielo no ha visto nunca. Los romanos le debieron sus mejores príncipes (1).»

La moral es eterna, pero el conocimiento de la moral no lo es; de modo que el progreso consiste menos en el descubrimiento de nuevos principios que en el desenvolvimiento de los principios naturales en el seno de multitudes cada día más numerosas. Es la obra que había emprendido la filosofía y vamos a ver hasta qué punto lo consiguiera.

La moral del Pórtico, transformada por el nuevo espíritu de la ciudad universal, se escribió, y lo que vale más, se practicó por dos hombres, el uno amigo de un emperador, y el otro emperador. Marco Aurelio y Epicteto son los verdaderos héroes del estoicismo, de que sólo fué Séneca el predicador elegante, porque ambos a dos conformaron su vida con su doctrina. Hemos hablado largamente del primero y de sus *Pensamientos*, porque no era posible separar su vida moral de su vida política, y conocido es el juicio que Pascal formó del segundo, cuyo libro era una de sus lecturas favoritas (2).

«Aquel grande espíritu, dice, conoció tan bien los deberes del hombre, que merecería ser adorado, si hubiera conocido tan bien su impotencia... Como era tierra y ceniza, después de haber comprendido tan perfectamente lo que se debe, he aquí cómo se pierde en la presunción de lo que se puede. Dice que Dios ha dado a todo hombre los medios de cumplir todas sus obligaciones; que estos medios están siempre en nuestro poder, y que es menester buscar la felicidad por las cosas que están en nuestro poder, puesto que Dios nos las ha dado con tal mira: hay que saber qué libertad hay en nosotros; que los bienes, la vida, la estimación no están en nuestro poder ni conducen pues a Dios; pero que el espíritu no puede ser forzado a creer lo que sabe que es falso, ni la voluntad amar lo que sabe que es odioso; que estas dos facultades son pues libres, y que por ellas podemos hacernos perfectos; que el hombre puede con estas facultades conocer a Dios perfectamente, amarlo, obedecerlo, servirlo, curarse de todos los vicios, adquirir todas las virtudes, llegar a la santidad y así a la unión con Dios (3).»

Estos principios, que eran para Pascal hasta diabólicos, eran para los paganos la buena nueva, porque les enseñaban que puede el hombre levantarse de suyo, por sus propias fuerzas, al más alto grado de perfección moral. Así la popularidad del *Enchiridion* era inmensa: «Todo el mundo lo lee,» decía Orígenes en el siglo tercero, y San Nilo en el cuarto, hacía de él la regla de sus monjes. Era justo, porque recomendando el celibato a los filósofos, había preparado Epicteto el de los monjes, y su libro comenzaba esa ciencia de la vida interior, cuyas reglas dió el cristianismo en otro bello libro, la *Imitación de Jesucristo*, que ha salvado y perdido tantas almas generosas.

(1) *Grandeur et décadence des Romains*, cap. XVI.

(2) Epicteto nació a mediados del primer siglo en Hierápolis (Frigia) y murió por los años de 117. Fué amigo de Adriano, según Esparciano; pero Zeller, el reciente historiador de la filosofía, pone en duda este hecho. No tenemos ninguna obra suya, pero Arriano su discípulo recogió su doctrina y la conservó en sus *Coloquios* y en el *Manual* que la resume, lleno de nobles pensamientos realizados aun a veces por la viril belleza del estilo.

(3) Pascal, *Coloquio con M. de Saci*, en los *Pensamientos* de Pascal de Havet. San C. Borromeo leía asiduamente el *Manual* de Epicteto. «Toda la filosofía de Epicteto, dice M. Janet, estriba en la distinción de lo que depende y no depende de nosotros. Las acciones del alma, la voluntad, el deseo, la abnegación están en nosotros y de nosotros son; pero los bienes y los males no. De aquí una indiferencia completa de todo lo que, no estando en nuestro poder, debe ser para nosotros como si no existiera.»

Marco Aurelio dió también a esta filosofía ya tan pura otro carácter: la hizo indulgente. Puso la fuerza en la dulzura y encontraba algo varonil en la bondad. «Ama a los hombres, dice, con amor verdadero,» y se reprende a sí mismo no amarlos aún bastante. No le basta perdonar las injurias; es menester amar a los que nos ofenden... «Contra la ingratitud la naturaleza ha dado la dulzura... Si puedes, corrígelos, y sino, recuerda que para ejercerla con ellos se te ha dado la benevolencia, y que hacer bien a los demás es hacérselo a sí mismo.»

En el corazón de Marco Aurelio, el estoicismo venía a ser una ley de amor: así ha podido decirse que él fué quien llevó la filosofía profana a los confines del cristianismo.

La humanidad tiene almas que suelen tomar vuelo muy por encima de los intereses humanos. Seis siglos antes Çakyamuni, en la India, había revelado el mismo espíritu de caridad universal (4), hecho oír las mismas palabras de mansedumbre y amor, y propuesto la pureza moral por único fundamento de su religión, sin dogma ni teología, como la de Marco Aurelio, y como ella también, impotente por desgracia.

Plutarco no era del Pórtico; sus mayores conexiones estaban en la Academia. Pero esto importa poco. Las doctrinas estaban tan bien mezcladas que los jefes de escuela no hubieran podido reconocer a sus discípulos. Plutarco no tiene sistema, y la *inania regna* de la metafísica tienen poco atractivo para él. Su filosofía se limita y se complace en los detalles de la moral práctica y toma de todas las manos lo que puede ayudar a arreglar bien la vida. La historia no le sirve para otra cosa: sus *Vidas* son una moral en acción. La especulación pura, que en breve se reanimará, era para un momento dado; pero marcó este momento un esfuerzo viril para poner a la humanidad en mejor vía; grande empresa de que Plutarco fué uno de los más laboriosos operarios. Su vida no fué sino una prolongada enseñanza; con la palabra, mientras pudo explicar, con sus escritos, mientras pudo escribir.

«La filosofía, dice, no se propone, como la estatuaria, representar personajes, que sobre base inmóvil, sean inanimados mármoles, sino que quiere dar vida a lo que toca, hacer criaturas propias para la acción.» Como el cristianismo lo hacía ya, predica la inmortalidad. «Epicuro socava nuestras esperanzas, dice; y sin embargo, son tan vivas que todos intentarían llenar el tonel de las Danaidas más bien que renunciar a ellas.» De Queronea partían sin cesar consejos, consuelos, instrucciones de conducta hasta para la vida pública. «Los egipcios, dice, exponían sus enfermos a la puerta de su casa para que los transeuntes les dijieran cómo se habían curado ellos.» De la misma manera hubieran querido los filósofos que cada cual hiciera aprovechar su experiencia para los males del alma.

Así, en una pequeña ciudad de Beocia y en la capital del universo, en el palacio del príncipe y en la humilde morada de un filósofo, se agitaban los mismos pensamientos, aquí escritos en latín, allá en griego, pero unos y otros recorrían igualmente el universo mundo.

Como en toda sociedad civilizada se encuentra poco más ó menos una suma igual de flaquezas humanas, por el ideal que un pueblo se propone, más bien que por los des-

(4) El mismo espíritu se encuentra en la antigua religión egipcia. La suprema virtud exigida al egipcio en el juicio final era la *caridad*. El ritual se sirve a este propósito de los mismos términos que el Evangelio: dar de comer al hambriento, agua al sediento, posada al peregrino, etc. (Chabas, *Comptes rendus de l'Acad. des inscr.* 1873, p. 63).

fallemientos individuales, se marca el nivel de la moralidad de una nación. Para la historia subsisten las responsabilidades personales. Pero ¿es elevado este ideal? ¿tiene una virtud que seduzca y atraiga? Arreglad con seguridad sobre él vuestro juicio, á pesar de los hechos contrarios. ¿Juzgaréis el cristianismo por Torquemada ó por el Evangelio?

Los filósofos ponían muy alto su ideal y tenían la voluntad de atraer á él las almas, porque habían tomado sobre sí el cargo de realizar la alta educación de la sociedad romana.

La filosofía, como la Iglesia hoy, había encontrado cuatro medios de obrar en el mundo. Suministraba á las grandes familias directores de conciencia y preceptores; para los que no podían tener el lujo de un filósofo permanente, tenía directores de conciencia que esperaban las consultas y maestros que abrían escuelas; para el pueblo, recorrían el país sus misioneros y en las grandes circunstancias más predicadores de fama se encargaban de edificar la corte y la ciudad. No hay que extrañar las palabras que empleamos: si pertenecen á la disciplina de la Iglesia, lo que designan estaba muy en uso en la Roma pagana.

El filósofo permanente, el *amigo*, como lo llama una inscripción (1), el *monitor*, el «custodio del alma (2)», á quien á veces llamaban *padre* (3), estaba en todas las casas ilustres ó ricas, y Persio ha mostrado en términos magníficos qué influencia moral podía ejercer en ellas. En otro tiempo se moría, como Catón de Útica, leyendo el *Phedon*; ahora se tenía sin duda el *Phedon* en la biblioteca, pero además se tenía cerca á alguno que pudiera comentarlo en todas circunstancias, como aquel Cano, cuya extraña tranquilidad de ánimo hemos hecho ver, y que marchando al suplicio se hizo acompañar de su filósofo. Plauto y Trasea, en el momento supremo, apartan mujeres y parientes y hablan con un filósofo de las graves cuestiones que ocupan entonces el pensamiento, como nosotros llamamos á nuestra cabecera á un sacerdote para que nos ayude y consuele en el último trance.

Séneca marca bien este nuevo carácter de la filosofía que evita las disputas de escuela. «¡Ah! exclama; no es ya tiempo de divertirse con juegos de dialéctica: filósofo, enfermos y míseros te llaman; debes llevar socorro á los náufragos, á los cautivos, á los indigentes, á los enfermos, á los que tienen ya el cuello bajo la segur: así lo has prometido. A los bellos discursos que puedas pronunciar, los desgraciados sólo contestan: ¡Socorro! Hacia tí tienden las manos, de tí imploran asistencia para su vida perdida ó en peligro de perderla; en tí solo ponen sus esperanzas, y te suplican que los saques del abismo en que se agitan y hagan lucir para alumbrar sus pasos la saludable luz de la verdad.»

La filosofía tenía también la ambición de penetrar en la corte y Plutarco la impulsa en este sentido. «Si el sabio, dice, cuyo comercio se limita á particulares, les da la tran-

(1) Q. Aelio Egrilio Evaroto philosopho, amico Salvi Juliani (Henzen, n.º 5600). Este Salvio Juliano, hijo del autor del *Edicto perpetuo*, fué cónsul, según Borghesi, en 175.

(2) ... *Sit ergo aliquis custos* (Séneca, *Epist.* 94), y *opus est adiutore... coactore* (*ibid.* 52). Véase todo lo que Aulo-Gelio, que no es un entusiasta, refiere de las relaciones de Tauro con sus discípulos (I, 26; VII, 13; X, 19; XVII, 8); XVIII, 10; XX, 4. Epicteto no ahorra á los suyos ninguna clase de reprimenda (*Coloq.* I, 16; III, 1; IV, 2).

(3) Es á lo menos el nombre que da Séneca á Cenón, á Cleanto y Crisipo, y Apuleyo al sacerdote que lo iniciara en los misterios de Isis.

quilidad y la dulzura, el que ponga el alma de un príncipe en la buena dirección extenderá á todo un pueblo el beneficio de la filosofía.» Mucho tiempo antes de él había logrado producirse en tan altas regiones: Augusto tenía su filósofo, Areo, el confidente de todos sus pensamientos «y de todos los movimientos de su alma.» Cuando Livia perdió á su hijo Druso, á él pidió la madre palabras de consuelo para su dolor. Nerón tuvo á Séneca, que contuvo por algún tiempo su índole perversa, y muchos otros cuyas disputas se complacía en excitar, según Tácito. Nerva, Adriano, Antonino, Marco Aurelio estaban rodeados de filósofos que tenían una posición oficial, se contaban entre los amigos del príncipe (*comites*) y como ellos recibían honorarios, de que Luciano toma naturalmente pretexto para argüirles de codicia. Hubiérase dicho que eran los capellanes de los reyes.

Parece ser que en tiempo de Trajano no era la plaza muy lucrativa. Sin embargo, este príncipe quiso oír al más ilustre de ellos, á Dion Crisóstomo, y aun tenemos el discurso que el filósofo le dirigió sobre los deberes del principado y que el papa Nicolás V hizo traducir al latín para su uso.

Muchos tenían escuelas, gratuitas unas, otras de pago: éstos sacaban de su saber un provecho que creemos legítimo, pero que vituperaban los austeros. «Esas escuelas, decía Nigrino, no son sino tiendas ó almacenes donde se despacha la sabiduría á precio de dinero, ni más ni menos que como una mercancía.»

Otros, á ejemplo de Epicteto y de Nigrino, uno de los pocos filósofos que encontraron gracia delante de Luciano, estaban en pobres viviendas, filosofando á solas ó con los visitantes que atraía la fama, los cuales les proponían *casos de conciencia*. Encargado Aulo-Gelio por el pretor de juzgar un litigio difícil, se encontraba muy embarazado. Faltaban *pruebas*. ¿Debía decidir por las *costumbres* bien conocidas de las dos partes? Dejó allí la pieza y fué á consultar á su maestro Favorino.

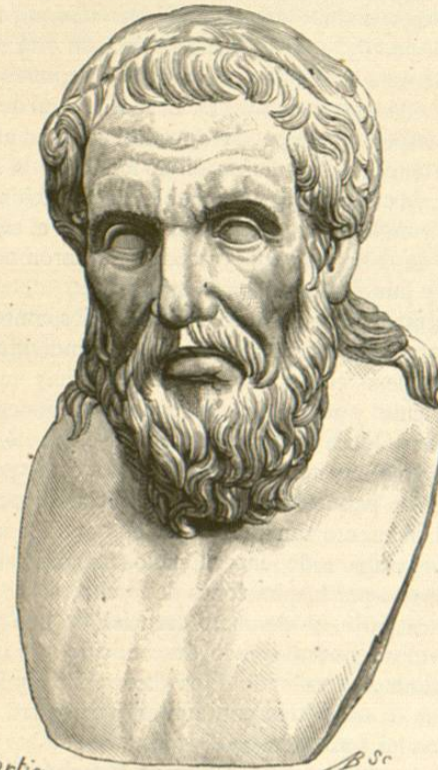
Este mismo Favorino no esperaba á veces que fueran á buscarlo. Dijéronle un día que la mujer de un discípulo suyo había dado á luz un hijo: salió al punto el maestro y en nombre de la naturaleza y de la filosofía fué á recomendar al marido que su mujer lactara al párvulo.

Se les llamaba en las aflicciones, y Dion se queja de que se esperara tan tarde. Como no se compran los remedios sino en una grave enfermedad, se descuida la filosofía hasta el último grado de dolor. Suponed un hombre rico, con rentas ó vastos dominios, buena salud, mujer é hijos saludables también, crédito y autoridad. Este hombre feliz no se cuidará de oír á un filósofo; pero que pierda la salud ó la hacienda y entonces prestará oído más fácilmente á la filosofía; que muera su mujer, ó su hijo, ó su hermano, y entonces ya llamará al filósofo, para que le dé consuelo, para aprender de él cómo se puede soportar la desgracia.

Finalmente, la filosofía tenía sus misioneros nómadas que la llevaban con la elocuencia y fervor del apostolado á todos los puntos del imperio, así á los grandes como á los pequeños, y aun al oído de las mujeres y de los esclavos. Con frecuencia se veía en el circo, en el teatro, en las asambleas, aparecer un sofista y reclamar silencio «en nombre de la naturaleza inmortal, cuyo verídico intérprete era él.» Se le creía «un mensajero divino», como aquellos predicadores divinos que llama Bossuet magníficamente «embajadores de Dios», y decía á la bulliciosa multitud: «Escuchadme; no siempre encontraréis un hombre que venga á vosotros con libres verdades, sin cuidarse de la gloria ni

del dinero, sin otro móvil que su solicitud por vosotros y por vosotros resuelto á sufrir las burlas, el tumulto y los clamores.»

No era la satisfacción de una vanidad pueril lo que aquellos oradores populares debían buscar. Musonio se complacía en repetir: «Cuando un filósofo exhorta, advierte, consulta y reprende ó da una lección de moral, si los oyentes, prendados de las gracias de su estilo, lo abruman de alabanzas triviales, estad seguros de que entonces todos pierden el tiempo. Aquí no veo ya un filósofo que enseñe á las almas, sino un tañedor de flauta que halaga el oído. Cuando la palabra es útil y saludable, se escucha en silencio.» ¿No se creería que se trata de las severas exigencias de un sermón cristiano?



Apolonio de Tiana (1)

Los más famosos de estos predicadores nómadas fueron Dion Crisóstomo y Apolonio de Tiana: el último tiene hoy mala fama: se le ha llamado el Don Quijote de la filosofía andante, como quien anduviera por el mundo buscando contiendas y aventuras. Filostrato sembró su camino de milagros que nos hacen sonreír; pero desembarazando á este personaje de lo maravilloso con que lo envolvieron las generaciones siguientes para oponerlo al Dios de los cristianos, queda un iluminado acaso, á buen seguro un hombre que por su ascetismo y su moralidad se asemeja mucho á Epicteto y á Marco Aurelio. «Iba, dice su biógrafo, corrigiendo el mal á su paso y pronunciaba en todas partes discursos saludables y provechosos á los que los oían (2).»

Dion, que no había sido al principio más que un retórico ávido de aplausos, una vez convertido á la filosofía la llevó á todas partes, hasta el palacio de Trajano, donde habló con la altivez legítima que le daba su destierro, su

(1) Busto de mármol del Museo de Nápoles.

(2) Apolodoro, IV, 4. Filostrato lo muestra procurando persuadir á los efesios (IV, 2) á que lo dejen todo por la filosofía, y algunas líneas más adelante refiere la encantadora parábola de los pájaros que se avisan y se ayudan. Se creería un texto del Evangelio.

vida laboriosa en medio de los bárbaros y siempre militante en favor de las verdades morales.

«No temáis, dice, que pretenda lisonjearos. En otro tiempo, cuando todo el mundo se creía obligado á mentir, yo únicamente no temí decir la verdad con peligro de mi vida; y ahora que es permitido hablar libremente, sería harto inconsecuente para renunciar á mi franqueza, precisamente cuando se tolera. Y ¿por qué mentir? ¿Para obtener dinero, alabanzas, gloria? Pero yo no he aceptado jamás dinero; antes bien he repartido mis bienes.»

Y cuando pone la beneficencia en primer lugar tratando de los deberes del príncipe, se recuerda que Trajano fué el autor de la institución alimentaria y que los Antoninos modificaron en el sentido más humano toda la legislación del imperio. Nos quedan ochenta discursos de Dion, donde se revelan el hombre de bien, el buen ciudadano, el elegante orador y el moralista irreprochable.

Ulpiano dirá en breve de los juriconsultos que son los sacerdotes del derecho: Séneca había ya dicho de los filósofos que eran los sacerdotes de la verdad (3), verdaderos profetas, verdaderos inspirados; y tanta importancia se daba á este carácter que Plutarco repeta la palabra. ¿Está uno autorizado para pensar que este gran trabajo fué inútil, que este vigoroso esfuerzo para arrastrar la sociedad á una vía mejor no le hizo marchar por ella?

La predicación suavemente comenzada en Roma por Cicerón en nombre del deber, por Horacio en nombre del buen sentido, tan brillantemente continuada por todo el imperio, desde Trasea hasta Marco Aurelio, en nombre de la dignidad humana y de los sentimientos más elevados de nuestra naturaleza, produjo la reacción moral que tantos hechos nos han mostrado. Los *sermonarios* romanos de los dos primeros siglos obraron ciertamente numerosas conversiones. Sin embargo, en medio de aquella sociedad turbada por tantas y tan diversas religiones, el desacuerdo entre las doctrinas y las costumbres fué ya más sensible que lo fué en otras épocas, en que reinaba una misma creencia y una misma disciplina.

En efecto, el sacerdocio de una especie particular, sin jerarquía ni regla, sin dogma ni teología, iba á la ventura según las inspiraciones y gustos de cada uno. No pocos charlatanes se deslizaban en su seno buscando en este oficio un medio de vivir perezosamente (4). Allí se veían hasta iluminados, locos, como aquel Peregrino, que por vanidad subió á una hoguera en Olimpia. Así, no hay que extrañar que los filósofos excitaran el estro de Luciano, como los monjes el de Erasmo y Hutten. Un cristiano que acabó en heresiarca, Taciano, decía de ellos: «¿Qué grandeza hay en vuestros filósofos? No veo en ellos nada extraordinario, á no ser sus largos cabellos, su larga barba y sus largas uñas, tan largas como las garras de los brutos. Dicen que no tienen necesidad de nadie: necesitan, sin embargo, un zurrador para sus alforjas, un tornero para su báculo, un sastre para su manto, ricos y un buen cocinero para su glotonería. Ese gran filósofo declama con seguridad, insulta á los que lo impugnan, y si se le hace el menor agravio, se venga por su mano.»

(3) *Antistites* (*Quaest. nat.* VII, 32); *et hinc littera infularum loco sumi* (*Epist.* 14, 11). Plutarco creía llenar un sacerdocio respecto de los que le consultaban, y no satisfecho con mirar á un filósofo como un sacerdote, lo ponía por encima de él, no sin razón, puesto que los sacerdotes paganos no fueron nunca más que ofiántes, que abandonaron la enseñanza moral, primero á los poetas y más tarde á los filósofos.

(4) Aulo-Gelio, IX, 2. Luciano, *Eunuch.*, 8, 9. En este lugar dice Luciano que los filósofos, aceptados como profesores oficiales, recibían de mano del emperador un sueldo de 10.000 dracmas.

La sátira no es en verdad cruel, y admitimos de grado que había más ridículos y vicios que los que Taciano pone á la vista: Luciano dijo mucho más. Pero no se here á los muertos, y menester es que la filosofía hubiera estado muy viva para que el satírico de Samosata estuviera casi siempre á la greña con los filósofos. Por otra parte, era enemigo de ciertos filósofos; pero no de la filosofía, á la cual llama hija de Júpiter y le hace decir: «La mayor parte de los hombres, la gran masa del pueblo me tienen en grande honor y me admiran, y poco falta para que me adoren, bien que no me comprendan mucho.» Después explica que viendo á la multitud manifestar el mayor respeto á sus verdaderos discípulos, tolerar su franqueza, solicitar su amistad, escuchar sus consejos, y ceder á sus más ligeras reconvenções, «una turba de hombres despreciables habían tomado el manó de los filósofos, como si esto bastara para llegar á todo.»

El burlón implacable confirma pues por sí mismo la importancia de aquella enseñanza, á la vez popular y levantada, que ocupaba el lugar de la que los sacerdotes no daban.

Por espacio de dos siglos, la filosofía fué en Roma, como en Francia después de Luis XIV, la religión de la sociedad culta, y los emperadores reconocieron su utilidad de tal manera que concedieron á los filósofos inmunidades oficiales.

Así, fuera que los romanos hubieran llevado entre los provinciales su espíritu organizador, fuera que en la anarquía de las cosas divinas hubieran buscado los pueblos un punto fijo en que la turbada conciencia pudiera asegurarse, ello es cierto que la razón general elaborada en el fondo del pensamiento de algunos hombres superiores, sacó del conjunto de las leyendas, fábulas y metafísicas una moral, reglas de conducta, una religión, en fin, religión puramente humana, sin dioses bien ciertos, pero no sin eficacia.

Un escritor de autoridad ha dicho: «La filosofía había llegado á ser tan práctica, tan solícita de las necesidades más delicadas del alma, tan amante de perfección interior, que su enseñanza, á pesar de la diversidad de los dogmas, mereció el honor de ser asimilada á la dirección cristiana» (1).

Los filósofos habían pues visto bien que era preciso al principio consagrarse á la obra del perfeccionamiento moral del individuo, y que no se podía mejorar la sociedad, sino comenzando por mejorar á los hombres (2). Toda la reforma social era para ellos como debería serlo para nosotros, una cuestión de educación. Combinándose su enseñanza con los esfuerzos hechos en el mismo sentido por los Flavios y los Antoninos, había llevado al seno de muchas familias aquella severidad de costumbres cuya vuelta atestigua Tácito, y que nos ha hecho encontrar una sociedad honorable, donde no se querían ver ya más que desórdenes morales, vicios, corrupción. La humanidad buscaba pues por sí misma su salvación, y desde Sócrates hasta Marco Aurelio, algunos la habían encontrado, aquellos «cuya alma naturalmente cristiana» acercaba á los sabios, á los cuales prometía la bienaventuranza la tradición de la Iglesia (3).

III.—LA RELIGIÓN OFICIAL

El hombre es un ser religioso, porque su razón le muestra siempre una ley bajo los fenómenos, y en la ley, una

(1) Martha, p. 70. Sobre toda la cuestión de la filosofía moral en el siglo de los Antoninos, V. también Friedländer, t. III, p. 543-612.

(2) V. el *Progreso moral* de F. Bouillier, p. 328.

(3) Gerbet, *des Doctrines philosophiques sur la certitude*, p. 37 y 106. Muchos Padres de la Iglesia estaban en que la filosofía pagana había sido una preparación de la fe católica.

causa y una consecuencia, es decir un principio y un fin, dos cosas que se confunden para constituir el orden: el orden supone un ordenador que haya hecho concurrir las propiedades de la materia á producir un efecto determinado. Este encadenamiento de las cosas es obvio y hasta el salvaje lo ve, aunque confusamente. *Calí enarrant gloriam Dei*: he aquí la exclamación involuntaria de la humanidad; y toda la metafísica de los filósofos está contenida en estas cuatro palabras.

Enfrente de lo incomprendible se despertó desde muy temprano una curiosidad insaciable, como de la muerte nació el espanto de la destrucción. Por una parte, el hombre ha querido saber; y por otra sobrevivir: hasta cuando no tenía el claro concepto de ese porvenir inmortal, procuraba asegurarse para las luchas de la vida la asistencia de los seres divinos aspirando á su favor por medio del culto que les daba. De esta necesidad, de este terror y de estos interesados cálculos nacieron las religiones desde las primeras edades del mundo (4). El sentimiento de lo divino, con las esperanzas que da de salud (5) aquí abajo, ó en otra existencia, se encuentra en el fondo de la naturaleza humana, y la impotente, pero noble investigación de lo que precede y de lo que sigue á la existencia es el signo característico de la humanidad. Juntos comenzaron el dolor y la religión y juntos también acabarán.

Este gran hecho humano ha tenido dos consecuencias: la una para la sociedad, la otra para el individuo. Siendo muy complejo el sentimiento religioso, hay en él temor, amor, cálculo y abandono (6), egoísmo y abnegación, orgullo y humildad. Según que uno de estos elementos ha dominado, se han tenido los diferentes caracteres que en los diversos países han ofrecido las clases sacerdotales, desde el penitente timorato hasta el pontífice implacable que lo regulaba todo en el Estado, tomando sus propios pensamientos por inspiraciones de lo alto.

Por otra parte, el elemento esencial de una religión es lo maravilloso, puesto que lo desconocido y lo inaccesible son del dominio reservado á los dioses. De aquí se ha seguido que en todos tiempos, aun en plena edad científica, bajo todas las formas hasta las más raras, se ha producido la fe en lo sobrenatural. El grave Estrabón decía: «Los poetas no estuvieron solos en inventar fábulas; los magistrados y legisladores las inventaron también y las propagaron entre los pueblos en interés común; y cuanto más maravillosas, tanto mejor se aceptan. Como ni las mujeres ni el pueblo pueden llevarse á la piedad por la filosofía, se llevan por la superstición; ni ésta tiene eficacia sin las fábulas y milagros que en ella se mezclan.»

Se engaña Estrabón en este punto: los pueblos mismos son los que crean sus fábulas y leyendas, como crean su

(4) *Primus in orbe deos fecit terror* (Estacio, *Tebaida*, III, 661). En cuanto al cálculo interesado, se encuentra en todas las invocaciones, que desde la India hasta Italia son idénticas. Menos se trata de obtener la benevolencia que de encadenar la libertad del dios. El brahmán que conoce el ritual, dispone del cielo, y por el cielo es el dueño del mundo. El itálico, sin ir tan lejos, cree que si es fiel á todas las prescripciones sagradas, el dios por su parte no dejará de hacer su oficio (Breal, *Tab. Eugub.*).

(5) La palabra *salus*, salud, tenía sobre todo el sentido de conservación, prosperidad, curación. Véanse las fórmulas de súplica que trae Catón (*de Rust.* 141) y muchas inscripciones *pro salute principis*.

(6) Los romanos vivían con sus dioses como los *lazarones* con sus santos. En las *lectiscernias* comían con ellos; á los juegos del circo llevaban sus estatuas para que tomaran parte en la fiesta. Dion (XLVII, 40) refiere que en tiempo de la batalla de Filipos, hubo de romperse el carro de Minerva, en ocasión de llevar á la diosa del circo al Capitolio.

idioma, y los poetas, los inspirados, los creyentes hábiles no hacen más que coordinarlas más tarde.

Ahora bien, los filósofos del imperio, que querían fundar una religión, los de la escuela dominante, sobre todo, carecían absolutamente de este medio de acción. Con su cielo desierto, porque sus dioses no son más que una fuerza ciega y fatal, con su viril doctrina del deber, sin otra recompensa que la de la propia conciencia satisfecha, su altiva actitud en frente del destino al cual no pedía nada, y enfrente del no ser que miraba sin temblar, el estoicismo era para las almas elevadas, no para la multitud.

«Dos cosas, decía Kant, me llenan de respetuoso temor, el cielo estrellado y el sentimiento de la responsabilidad moral del hombre.» De estas dos cosas, sólo miraban la segunda los estoicos, y todavía de cierta manera. Así esta moral sin dogma, esta filosofía sin metafísica, esta razón sin maravillas, que se contentaba con extremar la naturaleza, no era accesible á los espíritus incultos ó parecía insuficiente á las almas atormentadas por la necesidad de un ideal superior. San Pablo había dicho en su *Epístola* á los romanos: «La fe es la poderosa demostración de las cosas que no se ven,» y se ha resumido la doctrina de Tertuliano en estas profundas palabras: *Credo quia absurdum*, creo, bien que no comprenda. En el estoicismo todo se comprendía; no podía pues atraer el mundo á sí, y si entraba en pugna con una doctrina religiosa que abría el cielo cerrado por Aristóteles, Epicuro y Cenón, estaba de antemano vencido.

¿Conservaba el politeísmo á lo menos bastante fuerza para guardar aquella sociedad que había poseído durante tanto tiempo y con tan poderosos vínculos, ó se había gastado con tan prolongado empleo lo maravilloso que en él había?

El helenismo había mecido mucho tiempo la infancia de piadosas narraciones ó de terribles leyendas, encantado la imaginación y los sentidos con la pompa de las ceremonias y retenido los corazones con aquella poesía del cielo que respondía tan bien á nuestro instinto de lo ideal, ó dominado los espíritus con el terror del Erebo. Pero llegó un momento en que los vagos placeres de los Campos Elíseos hubieron de parecer insuficientes y bien ciego el rayo de Júpiter. Este gran dios de la raza ariana perdía sus adoradores y las estatuas de los demás dioses vacilaban como la suya en el atrio de los templos. La soledad y el silencio reinaban alrededor de los antiguos dueños del mundo, y la hierba crecía en las sagradas sendas.

Sin embargo, antes de pasar de la vida á la muerte, todavía atraviesa una religión un estado intermedio que puede durar siglos. Ya mortalmente herida por la duda, parece que vive aun en los hábitos. El hombre se aleja poco á poco con su razón, ó sólo concede, como el político, una adhesión de conveniencia. La mujer que es toda ella sentimiento queda en el templo con su fe, y allí retiene al niño. En todas las religiones, el corazón ha hecho de las mujeres las sacerdotisas de la primera y de la última hora.

El paganismo estaba en tal situación hacía mucho tiempo para la gente de letras «y aun para el vulgo,» estaba para decir Juvenal. Sin tener como los judíos una doctrina precisa encerrada en un libro, ni como Egipto y la India un cuerpo sacerdotal que la conservara y defendiera, el politeísmo había visto á la nueva sociedad que pedía se le enseñara algo, abandonar los templos, donde nada se enseñaba. Entonces fué cuando tomó vuelo el espíritu filosófico, que no abandonó una sola de las vías por donde se esperaba llegar á la verdad, y que, hay que reconocerlo, las recorrió en toda libertad, sin que el príncipe se sintiera nun-

ca inquieto ni molestado por las temeridades filosóficas.

Al fin, fatigado de tantas investigaciones vanas, renunció á las teorías ambiciosas, como había renunciado á las creencias populares, y se perdió en la duda. Sabemos cuál había sido la religión de Lucrecio, de Cicerón, de César, y lo que pensaban del culto oficial el pontífice máximo Escévo la y Varrón. Plinio el Viejo es francamente ateo: para él Dios, si existe, es el destino, ó lo que él llama fuerza ó poder de la naturaleza; y hace de los hombres dos clases: los que no se cuidan en manera alguna de los dioses, y los que hacen de ellos una idea vergonzosa. Ni el piadoso culto de los muertos puede conmover aquella árida alma. «Nuestra vanidad hace durar nuestro ser más allá del sepulcro: concedemos el sentimiento á los manes y hacemos dios á lo que ha dejado de ser hombre.»

Juvenal trata muy mal á la turba de los dioses y á ciertos



Escenas de los Campos Elíseos (1)

adoradores suyos. Tácito vacila entre dos doctrinas contrarias; pero Plinio el Joven no vacila, y si su amigo nos hubiera dejado *cartas* en lugar de *historias*, que exigían el lenguaje convencional, habríamos visto sin duda la misma indiferencia religiosa. ¡Cosa notable! en las doscientas cuarenta y seis cartas de Plinio, ni una sola vez trata seriamente de los dioses. La religión, como influencia moral, no existe para él. Comprará una estatua para embellecer una plaza de Como; levantará cerca de sus dominios un santuario en ruinas; construirá un templo en Tiferno para hacer gala de su munificencia; pero de la intervención de los dioses en el gobierno del mundo, del oficio de la religión en la vida, no se cura ni poco ni mucho ni nada, y hasta diría de buen grado con Lucano: «Hablar del reinado de Júpiter es mentir: no hay dios que se cuide de las cosas humanas» (2). Plinio cree en las bellas letras, en el honor,

(1) Vaso italo-griego del Museo de Munich.

(2) *Mentimur regnare Jovem... mortalia nulli sunt curata deo* (*Phars.* VII, 447 y siguientes).